



La Filosofía de Clarence Finlayson

Por ELENA SANCHEZ CORREA, Profesora de la Universidad Católica de Chile.

Un pensamiento, rico en contenido y bellamente expresado, acaba de ser puesto a nuestra disposición gracias a una antología recientemente aparecida. Este pensamiento responde a un autor: Clarence Finlayson Elliot. Seguramente este nombre resuena por primera vez en los oídos de muchas personas, aun de aquellas más allegadas a los círculos intelectuales; sin embargo Finlayson es uno de los pensadores chilenos que con más sinceridad y profundidad han dedicado su vida a buscar y manifestar la verdad, logrando estructurar una doctrina digna de admiración.

C. Finlayson nace en Valparaíso en 1913, siendo sus padres de origen escocés. Luego de realizar estudios en el Colegio de los Sagrados Corazones de esa ciudad se traslada a Santiago para continuar el conocimiento de la filosofía. Sus clases, conferencias y publicaciones le hacen merecedor a los pocos años de una notable reputación. En 1939 obtiene una beca en Estados Unidos, en la Universidad de Notre Dame, y con esta hecho comienza un incansable peregrinar de nuestro filósofo por diversos países, donde, al mismo tiempo que estudia y profundiza en la filosofía, decanta sus ideas en numerosos cursos y publicaciones. Las Universidades norteamericanas y de México, Colombia, Panamá, Venezuela se enriquecen con la estela de su pensamiento. Establecido en Chile, ejerce la docencia en la Universidad Católica, como ya lo hiciera antes de la partida. Sin embargo, su labor final en Chile no se prolongará demasiado: su trágica muerte ocurre en la primavera de 1954 a los 41 años de edad.

Finlayson es un auténtico filósofo, un buscador incansable de la luz y la verdad. Sus principales inquietudes giran en torno al problema del hombre y de Dios; especialmente este último le atrae con gran fuerza, convirtiéndose en el tema de algunas de sus principales obras: "Dios y la Filosofía" y "Hombre, Mundo y Dios".

Su búsqueda del Ser Trascendente y su afán por traspasar lo contingente y fenoménico para alcanzar aquello que perdura no lo hacen olvidarse ni despreocuparse de los problemas de su época y de su patria; y es así como piensa y escribe sobre diversos temas latinoamericanos y actuales. También se interesa mucho por la literatura, lo que lo lleva a destacar y valorizar nuestros poetas; dedica a Gabriela Mistral y a Pablo Neruda muchas de sus páginas. La antología antes mencionada es un buen testimonio de sus méritos en el campo literario.

Para comprender la posición filosófica de Finlayson es preciso relacionarla con la doctrina aristotélico-tomista, de la cual es un continuador. Nuestro autor parece ser una de aquellas personas para quienes más que la originalidad interesa la verdad; por eso no teme, en pleno siglo XX, manifestarse abiertamente partidario de una posición filosófica que arraigada en la antigua Grecia se despliega y se enriquece a través del tiempo con el aporte de muchos de sus seguidores. Ser escolástico y tomista no significa, para nuestro autor, repetir exactamente lo que Santo Tomás pudo decir; significa más bien desarrollar la riqueza contenida en sus principios aportando numerosas soluciones a los diversos problemas que el hombre va encontrando en su devenir histórico; significa también conservar ese espíritu creador que poseyera el Doctor Angélico y que lo llevó a descubrir y explicar nuevos valores y doctrinas. "La tradición en sí es una buena cosa, pero siempre que conserve o quiera conservar el contenido realmente valioso y creador que animó los hechos del pasado". Lo anteriormente expuesto no implica un desconocimiento de doctrinas filosóficas contemporáneas, como la fenomenología o el existencialismo. Finlayson las conoce y las medita, pero no le convienen. Su confianza en las posibilidades de la razón humana, su afán por lo esencial o nouménico, su afirmación de

un Dios Trascendente, le impiden aceptar las doctrinas anteriores.

El hombre es entendido por Finlayson como una "bestia lanzada al infinito". El ser humano recorre una trayectoria durante su existencia, un camino lleno de posibilidades, de opciones de tareas. La persona no se manifiesta como algo acabado sino más bien como un conjunto de virtualidades que es preciso y necesario desarrollar. Pero este camino tiene un blanco, un objetivo: el infinito. "El hombre es un ser trascendente que constantemente huya de su propia limitación". La vida humana tiene un sentido, una finalidad, y es justamente la posibilidad de alcanzar este fin último lo que llena la existencia de esperanza y optimismo. El esperar es tan vital en el hombre, le pertenece tan íntimamente que Finlayson llega a decir que está presente en la "ardiente ontología del ser humano". La esperanza es "la posibilidad hecha carne y vida dentro de la persona".

Dios es el fin del hombre y es imposible entender a éste sin relacionarlo con el Ser Supremo. "La propia esencia del hombre es un misterio si tratamos de rendirle su razón de ser desde el exclusivo punto de vista de su realidad singular, sin conexión con la realidad suprema del ser. Es solamente después de que alcanzamos una visión sintética de la realidad universal y especialmente que profundizamos en la realidad de Dios, cuando conseguimos vislumbrar la solución del misterio".

El hombre, materia y espíritu unidos substancialmente, es creado y conservado por Dios. La existencia es un "premio ontológico" y un efecto del amor divino, por esto debemos estar agradecidos y hacer de nuestra vida un ejercicio del amor, cooperando así, humildemente, a la obra del Creador.

La esperanza y el amor deben unirse en la vida del hombre y orientarse hacia el infinito. De esta manera el ser humano se convierte en una persona libre, abierta a las cosas y

a sus semejantes; en un ser que "contempla y contemplará para siempre. Como un párpado intensamente levantado verá y mirará durante toda la vida".

Clarence Finlayson es, también un pedagogo y como tal tiene clara conciencia que la educación debe cooperar para que el hombre se perfeccione en todos sus aspectos. Cualquier exclusivismo lleva a desastrosas consecuencias. Reacciona vivamente contra la concepción positivista y pragmática de la educación que deja de lado los valores espirituales del hombre. También repudia una excesiva especialización llegando a afirmar que "la falta de una visión universal en la educación es el gran error o pecado de la educación contemporánea. El estudiante y el profesional tienden a la especialización desmedida. La única profesión que no se practica es la profesión del hombre".

Los textos publicados en la Antología pueden diversificarse en los siguientes temas: reflexiones en torno a los tiempos actuales y a la cultura americana, consideraciones antropológicas, especialmente referidas al sentido de la vida y de la muerte, investigaciones sobre Dios, explicación de los sueños y de sus causas, anotaciones sobre una concepción filosófica de la historia, consideraciones sobre la fenomenología y el existencialismo.

Finalmente debemos agradecer al antologista Tomás L. Mac Hale y a la Editorial Andrés Bello por la oportunidad que nos han brindado de conocer un profundo pensador. Fuera de los valores intrínsecos que esta recopilación contiene me parece que una de sus aspiraciones debiera ser la de convertirse en un incentivo que conduzca a interesarse por las obras más sistemáticas y acabadas del autor. Al verdadero filósofo, que siempre busca una visión de totalidad y una comprensión esencial de las cosas, no pueden satisfacerse estos artículos o fragmentos recopilados; ellos deben ser el estímulo que lo impulse a descubrir el pensamiento orgánico del autor.

El Mercurio - Santiago - 18-1-1970 p. 6

La filosofía de Clarence Finlayson [artículo] Elena Sánchez Correa.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Correa, Elena, 1941-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La filosofía de Clarence Finlayson [artículo] Elena Sánchez Correa.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile